

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ÓRTEA FERNÁNDEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

"Este precepto os doy: *Amáos los unos a los otros como Yo os he amado.*"

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.

El fraile y el estudiante o luz en las tinieblas del transigir moderno

Paseábamos por la sombra de aquella alameda, hablando sobre las cosas que suceden en la vida de estudiante de Universidad. Había aprobado aquel joven el segundo de medicina. De vivo carácter, describía con rasgos acabados las mil peripecias que a los muchachos les ocurren cuando se alejan de la familia, concluyendo de esta forma: Quisiera yo tener en mis manos un medio eficaz para que esa rectitud que con tanto celo nos inculcan los religiosos en el Colegio de segunda enseñanza, persistiera en nosotros siempre; pero ¿sabe usted lo que sucede?

—No lo sé; pero lo adivino.

—El que el ambiente que se respira fuera del Colegio nada tiene de místico, por desgracia. Y luego los mil obstáculos que se le entran a uno por los ojos. La revista profana, el periódico de ideas progresistas, la fiesta de cultura, los amigos, las exigencias de la sociedad...

—¿Podría decirme en qué consisten esas exigencias que usted tanto respeta?

—Verá usted. La amistad es una de las cosas más estimables.

—¡Ciertamente!

—En ocasiones hay necesidad de sacrificarse por el amigo...

—Es ese uno de los actos más nobles; pero diré a usted que ciertos asuntos merecen ese sacrificio; otros no lo merecen.

—Yo estoy convencido de que la amistad verdadera no admite distinciones.

—Si la amistad se amolda a lo que debe ser, no cabe duda; pero si no, no tan solo hay necesidad de admitir distinciones, sino que las distinciones se imponen por sí mismas; porque mientras existan intereses más sagrados que los intereses de la amistad, mientras ésta sea una cosa secundaria en la vida, habrá de ceder su puesto, siempre que sea necesario, a aquello que en nosotros debe tener el primer lugar.

—Figúrese V. que un amigo me invita a asistir al teatro. ¿No es conveniente que yo acepte aquellas invitaciones?

—Examine si el aceptar ha de ser con menoscabo de otros intereses más sa-

grados; si es así, no debe aceptar. Por consiguiente, si el asistir al teatro su conciencia ha de salir mal parada de aquella reunión, ni puede ni debe presenciarse.

—¿De modo que usted sería capaz de perder sus amistades por cosa tan baladí? ¡Es usted muy rígido!

—¡Oh, sí, señor, muy rígido! pero no es la culpa mía. ¿Qué culpa tengo yo que la verdad lo sea? Es principio de derecho natural que lo mayor se ha de anteponer a lo menor; y el derecho divino dice, que hemos de anteponer nuestra alma a todo lo que no sea Dios. Elija a la luz de esas verdades, entre su alma y la amistad.

—Si llegamos tan lejos...

—Tan lejos hemos de llegar. Mas no crea que hemos tenido que llegar a estos tiempos para darnos cuenta de lo que significa la amistad, no; la moral no evoluciona: los principios fundamentales de la moral son eternos; lo que sucede es que nos olvidamos de esas verdades esenciales, y cuando por casualidad nos las hacen recordar creemos que son innovaciones.

—Sucede con frecuencia, que se nos presenta un amigo de carácter abierto, alegre, y por necesidad hay que seguirle el *aire*.

—Volvemos al mismo sitio. La alegría no está reñida con las buenas costumbres, cuando es lo que debe ser; pero si ponemos por base la palabra inmoral o el chiste indecoroso, entonces ese tal no merece que le sigamos el *aire*, sino que se le haga el *vacío*.

—Todo eso está muy bien; mas haciendo lo que usted dice, estoy expuesto a que me digan cobarde, *neo*, etc.

—El mismo achaque que aqueja a muchos le hace a usted *prudente* a lo mundano. Porque me van a decir reaccionario y me van a tener por santurrón... Hay un defecto capital en los hombres del día.

—¿Se puede saber cuál es?

—Sí, señor. Hay falta de convicción. La fe de muchos es como la flor. Cuando la flor recibe los primeros rayos del sol, se abre y deja escapar el aroma que guarda en su cáliz; llega la tarde y apenas si nos quedan restos de ella. Eso es el Catolicismo para muchos. Por la mañana, fe, devoción, recogimiento en la iglesia; por la tarde, de igual modo

que mudan de vestido, mudan al parecer de ideas, porque no se ruborizan de alternar con la gente más perdida, haciéndose uno de tantos. ¿Causa de todo esto? La falta de convicción. Los hombres del día no están convencidos de que la fe es una siempre y que el asunto primero es conservar intactas las ideas que esa virtud deposita en el alma. ¿Quiere una prueba de esa falta de convicción? Es muy sencilla. Observe a un negociante al conocer que su negocio no marcha bien: al momento le da otra dirección o la suspende enteramente. Está convencido que, con la marcha emprendida su capital se pierde. Esto contrasta con nuestro modo de ser. Observamos que nuestra fe se descompone como un cadáver, tratando cierta clase de gente, y, sin embargo, cultivamos amistades que tan sólo merecen el eterno olvido. Esto sucede porque la convicción es un pensamiento muy alto para los espíritus vulgares que tanto abundan en nuestra *culta* sociedad. No hay convicción; y por eso no hay unidad en las ideas.

—¡Muy intransigente está el Padre!

—¡Sí, para esos, intransigente siempre!

—Tenga usted en cuenta que la transigencia es el espíritu de la época.

—Y como la verdad no puede transigir con el error, por eso la lucha. Esto quiere decir que se requiere un tacto muy fino para hablar de transigencias y de intransigencias, sin caer en error, so pena de...

—¡Oh, no Padre! Yo soy católico de los convencidos.

—Así lo creo. (La campana nos llama, adiós).

—Adiós, Padre.

FR. MANUEL FERNÁNDEZ, O. F. M.

EN LA CATEDRAL PROTESTANTE DE LONDRES

Un escándalo mayúsculo sucedió no ha mucho en la famosa Catedral protestante de San Pablo en Londres. Los asientos estaban todos repletos, porque un orador de fama, nada menos que el Obispo protestante de Birmingham, por nombre Barnes, iba a ocupar el púlpito. Mientras subía a él se levantó de entre la muchedumbre un Canónigo de Londres, Bullock-Webster, y en voz al-

ta de modo que todos le pudieron oír recriminó al Obispo Barnes y le acusó de «enseñanzas falsas y heréticas en sus discursos». Y añadió que como él sentían y con él simpatizaban por lo menos cuarenta iglesias de Londres y casi todo el elemento conservador entre los anglicanos.

Después de esto el Canónigo y sus amigos se salieron de la Catedral; y el Obispo, sin parecer que le hubiera importado un ardite la acusación, empezó y prosiguió su discurso con flemma británica sin lanzar una expresión siquiera contra el audaz Canónigo. Lo cierto es que el tal Obispo es reconocido por Modernista extremado y ha repudiado en diversas ocasiones las doctrinas anglicanas sobre la Eucaristía y sobre otros dogmas, por lo cual y por sus tendencias evolucionarias ha sido criticado muchas veces.

La opinión pública sobre este escandaloso incidente ha sido varia, alabando unos y vituperando los más al Canónigo y defendiendo al Obispo modernista, el cual dirigió al poco tiempo una carta formal al Arzobispo de Canterbury acerca del ataque del Canónigo. La cosa no siguió adelante; se guardó silencio, y... así anda el jolgorio protestante, tirándose unos a otros los trastos a la cabeza, aun cuando ésta sea nada menos que la de un Obispo de la gran ciudad de Birmingham, y todo esto por no reconocer a la cabeza verdadera de la Iglesia, al Vicario de Jesucristo en la tierra, el Romano Pontífice. Y casos parecidos al anterior han venido sucediéndose con relativa frecuencia, sobre todo después de que el famoso *Prayer Book* reformado, fué rechazado en la Cámara de los Comunes, aunque aprobado en la Cámara alta. El espíritu de división cunde cada día más pujante en las filas del anglicanismo. Quiera Dios que esto suceda para que reconozcan el error y vuelvan al centro de unidad, la Iglesia Católica.

Papas de familias humildes

Para ser Príncipe Supremo de la Iglesia, no se requiere nobleza de origen. El último hijo del pueblo puede llegar á serlo, como lo comprueban los Papas siguientes:

San Pedro, pescador del mar de Tiberiades.

Adriano IV, hijo de un mendigo.

Urbano IV, hijo de un zapatero.

Benedicto XI, hijo de una lavandera.

Juan XVII, hijo de un ropavejero.

Benedicto XII, hijo de un molinero.

Bonifacio IX, de familia muy pobre, que se trasladó á Roma para probar fortuna.

Alejandro V, de tan obscuro linaje, que ni conocía á sus padres ni sabía dar más razón de sí que el haberse mantenido pidiendo limosna desde la niñez.

Nicolás V, hijo de una mujer que vendía gallinas y huevos.

Sixto IV, hijo de un pescador y él pescador en sus primeros años.

Adriano VI, hijo de un carpintero de buques.

San Pío V, pastor de ovejas.
Sixto V, hijo de un jornalero, fué guardador de cerdos.
Pío X, hijo de un modesto cartero.

DOS DOCTORAS

Una en Derecho y otra en Hogar

Apreciable amiga Inés: mi carrera he terminado; y en leyes me he licenciado a primeros de este mes.

De oratoria hice primores en un lucido ejercicio; me aprobó el alto juicio del claustro de profesores.

Cuando de toga me veas te quedarás admirada; ya puedo ser tu abogada, si por desgracia pleiteas.

Ambiciono un juicio oral, ser defensora de un pillo, pues tengo, Inés al dedillo el código criminal.

Respondemos a otros fines las postergadas mujeres, y llenamos más deberes que repasar calcetines.

Mi licenciatura honrosa hoy pone de manifiesto que no indigesta el Digesto a la mujer estudiosa.

Tengo de ciencia un tesoro, y en mi cabeza medidas llevo las Siete Partidas y hasta les leyes de Toro.

Tu porvenir me horripila, pues no quisiste estudiar. ¡Cuánto tienes que envidiar a tu siempre amiga. —PILA.

Pila: Hace un año cabal mi carrera he terminado. ¡Y también me he licenciado en derecho... conyugal!

En amor puro y hermoso hice un brillante ejercicio, me aprobó el alto juicio de mis padres y mi esposo.

Mi casa es mi afán eterno y tengo cuidados graves; puedo ser tu ama de llaves, si necesitas gobierno.

Lo de coser y planchar lo encuentro siempre sencillo, pues tengo, Pila, al dedillo el código del hogar.

Si llora el niño, un proceso le instruyó con diligencia, y, en juicio oral, la sentencia absolutoria es un beso.

Hice el estudio cabal de una ley que enamora; y en tres meses soy doctora en cariño maternal.

A justiciera y legal ninguna me sobrepuja; mi vara de juez, la aguja; y mi toga, el delantal.

Por mí, angustiada no estés, que abogada del cariño, con su esposo y con su niño es feliz tu amiga. —INÉS.

CHARLA

Y lleno de indignación contra los que destruyen la inocencia de sus amados (los niños), prosiguió Jesucristo su conversación, diciendo:

«El que escandalizare a uno de estos pequeños, le sería mejor que le atasen al cuello la rueda de un molino y lo hundiesen en lo profundo del mar. En el mundo siempre habrá escándalos. Pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo!»—(Mt. 18.)

I.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... siete... Faltan Usebio, Tanasio y Macario...

—Aquí llegan ahora.

—Siete, ocho, nueve y diez. Güeno, estamos ya toos. Cierrar bien esa puerta... y sino... ¡no! Vémonos al campo, allí no nos oye nadie y podemos discutir nuestro plan.

—Sí, vámonos toos de aquí.

—Ya sabeis que de too esto, silencio asoluto, y al que charre lo más mínimo de la partida, le va a costar caro.

—Lo mejor será jurar toos.

—¡Eso, juramentarnos!

—Tú, mira si por ahí anda alguien que pueda oirnos.

—Nadie, y con la noche que está, ni vernos tan siquiera.

—¡Uy!... ¿qué traes ahí? ¡¡Una calavera!

—Sí, una calavera, nuestro emblema sobre el que ahora toos vosotros y yo primero que soy el más grande y el más fuerte, vamos a jurar no delatar nos unos a otros, ni descubrir los planes de nuestra partida. ¡Toos aquí las manos!... ¿Jurais ser más mudos que la muerte en too y por too?

—¡Juramos!

—¡Basta! Yo también juro. Ahora a hablar del ojeto de esta reunión.

Pues, sí, señores, jugando, jugando como el que no quiere la cosa vais trayendo pa hacia aquí a Ugenio; enseguida yo y estos cuatro, disfrazaos de viejos y mujeres pa que no nos conozca, nos echamos encima de él; vosotros huis y lo demás conforme está planeao. ¿Estais bien enteraos de tóo?

—Estamos.

—Ahora a separarnos ca cual por su lao... como si no nos conociéramos.

II.

—Ugenio, por ahí no, por aquí. Corre a ver si nos alcanzas.

—Sí, pero vámonos más al pueblo que por ahí está muy oscuro y tengo miedo.

—¿Miedo a qué? ¡Anda, cógenos!

—Es que podemos caer por ese despeñadero al mar...

—Pos damos la güelta por allí y bajamos.

—¡Bueno!

—¡Arreal... ¡Arreal... ¿Ya te cansas?

—He visto pasar junto a mi una sombra...

—¿Fantasmas?

—Qué sé yo... mirar, mirar... otra...

—Eusebio, Macario, Luis... esperadme, que se me acercan unos hombres... no se qué quieren... Ahora sois vosotros los que teneis miedo y me abandonais... ¡Socorro!... ¡Socorro!...

—Eh, niño, nada de gritar, que puede ser peor.

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

—Manuela, ponle la mordaza... y véndale los ojos... ¡Así!... Ladra ahora, angelito.

—¡Huum!... ¡Hum!...

—¿Todavía hay pulmones?

—Atadle bien brazos y piernas y a la cueva con él.

III.

—¡Hijo, hijo de mi alma!... ¿Qué es lo que me estais diciendo?

—Sí, señora, andábamos jugando como otras veces por estos alrededores y cuando más entretenidos íbamos, se nos echaron encima unos hombrones y dos mujeres muy feas para... qué se yo... para *chuparnos la sangre* porque cuartos ya se sabe que los rapazos no hemos de llevar.

Este y yo pudimos escapar hasta aquí a decirlo a usted, los demás no sabemos qué será de ellos, porque los vimos huir a toos unos por un lao y otros por otro. Ahora sí, que aquellos ladrones, a dos de los nuestros, por lo menos, se los llevaron allá abajo...

—¡Vamos! venid conmigo en busca de esas inocentes criaturas, en busca del hijo de mi alma. ¡Hijo de mi alma! Yo me voy a volver loca...

¡Corramos!

—Por aquí, señora, por aquí...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Eugenio, respóndeme!...

—Aquí, aquí fué la lucha... ¡Mire!... señora... ¡una carta!...

—¡A ver!...

«Presumiendo que alguien habrá de

seguir nuestros pasos le dejamos esta en el camino para que sepa esa persona o personas que solo un niño ha caído en nuestra poder que nos dijo llamarse Eugenio. Los demás se nos escaparon... Si los padres o quienes hagan sus veces desean la criatura, se les entregará mediante la cantidad de *mil pesetas*, que se pasarán a recoger mañana donde y cuando menos se espere para evitar intrusiones de la policía. Está dicho todo.»

—¡Todo por mi hijo! Ahora mismo voy por ellas... y las dejo aquí donde estaba la carta. No puedo esperar a mañana. ¿Queréis quedaros uno de vosotros guardándolas hasta que lleguen... esos miserables?

—¡Quiá!... ¿Para que nos lleven a nosotros también?

—Sí, es verdad... no se lo que digo...

—Yo me quedo custodiándolas. Yo no tengo miedo.

—Dios te lo pague, buen niño. Voy por ellas. Venid conmigo.

IV.

—¡Doña Margarita! ¿A dónde va usted tan acelerada con esa cara de Doloresa, y con estos dos arrapiezos?

—No sé... si debo decírselo... tengo miedo echarlo todo a perder... ¡Me han robado el hijo, unos miserables!... Estas criaturas vinieron a mi casa a decírmelo; salí con ellos por donde habían ido jugando cuando echaron mano al mío y en el mismo sitio en que fué el secuestro encontré esta carta.

Ah, parece que empiezo a tener confianza con el encuentro de V., que es un buen policía.

—Váyase V. a casa tranquila y deje el asunto en mis manos. Paréceme que el olfato, ya adiestrado en estos menes-

los tambores anunció al pueblo que Luis XVI era conducido al suplicio.

No queremos referir los penosos pormenores de este horrible acontecimiento. En el cadalso el Rey dirigió algunas palabras al pueblo, y con voz firme y semblante sereno, dijo que moría inocente de los crímenes que le imputaban; que perdonaba a sus enemigos y que rogaba a Dios que su sangre no cayera sobre Francia. Los tambores ahogaron la voz del Rey; y en un instante quedó consumado el nefando asesinato. Los miserables empaparon las picas y los pañuelos en la sangre del Rey, desbandáronse por las calles de París y llegaron a las puertas del Temple con esa alegría brutal que las turbas, como muy bien se ha dicho, manifiestan igualmente en el nacimiento, en la coronación y en la caída de los reyes.

Tal fué la suerte de Luis XVI. En su testamento, firmado el 25 de Diciembre de 1792, dice:

«Perdono con todo mi corazón a los que me han tratado como enemigo sin el menor motivo de mi parte, y ruego a Dios que los perdone también; y exhorto a mi hijo, si tiene la desgracia de ser Rey algún día, que olvide todo odio y toda enemistad, y especialmente mis desgracias y mis padecimientos; y le recomiendo que tenga presente que es deber ineludible del hombre sacrificarse

teres, me revela algo, y sobre todo desde que he visto desaparecer de su lado a los dos rapazos, uno de los cuales conozco algo por *habernos visto las caras alguna otra vez*.

—Dios le proteja y sáqueme pronto de este infierno de inquietud.

V.

—Doña Margarita, ábranos. Vengo con su hijo,

—¡Hijo!... ¡Hijo mío! ¿Vienes herido? ¿Te han hecho mucho daño? ¿Y cómo ha sido eso? ¿Por qué vas a jugar tan lejos?...

—¡Madre!...

—D. Ruperto, perdone y cuénteme. ¡Oh, gracias, gracias, Dios se lo premie! ¡Qué pronto ha traído V. el consuelo, la alegría a esta madre atribulada!

—Pesqué enseguida a los dos rapazos acompañantes de V. y con procedimientos de mi especialidad, cantaron de plano entre lágrimas y temblores de terror; me acompañaron a la guarida de sus compinches y allí cayeron todos como corderos.

—De modo que aquellos y los que me acompañaban...

—Todos una cuadrilla adiestrada en cines y con esas noveluchas del día, que si ahora no hacen más que esto, efecto de sus pocos años y poca experiencia, mañana darán que hacer y que sentir más gordo.

—Hijo mío, cuida bien de los amigos que eliges.

—Pero mamá, si parecían buenos todos.

—Ya lo ves.

Empresarios, editores, escritores que ambicionando pesetas no reparais en medios de perversión, ni siquiera os dan lástima esas criaturas que buscan-

por el bien de sus conciudadanos y que no conseguirá hacer felices a sus súbditos sino gobernando conforme a las leyes, ni puede cumplir su misión si no tiene la necesaria autoridad.»

Con este mismo espíritu, la víspera de su muerte dirigió a sus pocos amigos fieles que querían sacrificarse por salvarlo, este mensaje, que tanto honra a su corazón:

«Jamás os perdonaría que se derramara por mi causa una gota de sangre. No consentí en ello cuando podría haber salvado quizá mi corona y mi vida; pero no me arrepiento, no me arrepiento.»

VIII

María Antonieta era ya viuda, y sus hijos huérfanos. El Delfín fué reconocido por todas las potencias de Europa Rey de Francia, con el título de Luis XVII; pero este último honor agravó los sufrimientos del desgraciado niño. Poco tiempo después de la muerte del Rey, arrebataron violentamente al Delfín de los brazos de su madre. Sólo por él podía soportar María Antonieta el peso de la vida; y la escena de la separación fué tan dolorosa, que los mismos carceleros no pudieron contener las lágrimas.

El Tribunal revolucionario, que no había tenido poco trabajo en hallar imputaciones contra el Rey y la Reina, no sabía cómo deshacerse del niño. Era demasiado tierno

Folleton de RELIGION Y PATRIA

(9)

EL HIJO DEL REY

igual, y las lágrimas fueron ya más silenciosas. Luis XVI procuró entonces consolar a su familia. El Delfín, recostado en las rodillas de su padre y con los ojos clavados en el rostro del Rey, mudo y sin comprender la extensión de la desgracia que le amenazaba, presenciaba atónito esta escena de muerte, cuando los pregoneros públicos proclamaron, debajo de la torre, la sentencia del Rey y la hora de la ejecución. El niño se arrancó bruscamente de los brazos del padre y trató de abrirse paso al través de la guardia.

—¿A dónde vais?—le preguntó un centinela, impidiéndole la salida.

—A hablar al pueblo, señores, a suplicarles que no maten a papá. ¡Oh! por favor, dejadme pasar, dejadme pasar!

Todos sus esfuerzos fueron vanos y tuvo que retroceder; y como si el corazón fuera a rompersele, gritó:

—¡Papá, papá, no hagais morir a papá!

El Rey prometió a su familia una entrevista, la última, para el día siguiente por la mañana, pero luego pensó que sería mejor renunciar a ese doloroso consuelo.

Al otro día muy temprano, el redoble de

do el juguete se encuentran con la vira mortal de vuestros malos instintos, ¡temblad!

En el mundo, sí, siempre habrá escándalos, pero ¡ay de aquellos que escandalicen y perviertan! Son palabras de Jesucristo.

NOTICIAS

La nadadora Gleitzer hace manifestaciones de catolicismo. — Al llegar a Madrid la intrépida nadadora señorita Gleitzer, que, como es sabido, ha realizado recientemente la travesía del Estrecho de Gibraltar a nado, al ser interrogada por los periodistas, y después de relatar interesantes detalles de su aventura, manifestó que el objeto de la hazaña es fundar en Londres un asilo de niños pobres con el premio en metálico que le entregarán.

Afirmó que es muy religiosa y devotísima de la Virgen de las Mercedes, cuyo nombre lleva.

Antes de la hazaña estuvo en Cádiz, oyendo Misa en la iglesia de la Merced y rezando ante el Nazareno y el Cristo de los Gitanos.

Util y dulce

Las cerezas consumidas en cantidad algo importante, fortalecen la sangre, dan buen color y coadyuvan a la función renal.

La cura por medio de los albaricques conviene a las personas que necesitan un tratamiento al mismo tiempo tónico y depurativo.

Las ciruelas tienen virtudes purgantes. Los melocotones aromáticos son beneficiosos para el estómago y además constituyen un poderoso recurso para los diabéticos.

Las nueces poseen la propiedad de eliminar de nuestro cuerpo todas las toxinas y de hacer al cuerpo refractario a la acción de muchos venenos. Son útiles en casos de anemia, pero no con-

vienen siempre que exista exceso de sangre bien sea general o local.

El melón cura la hidropesía y calma la agitación nerviosa.

La pera, muy digestiva, gana mucho comiéndola con pan y manteca.

La manzana se recomienda en las afecciones de la vejiga y de los riñones.

El níspero alivia las dilataciones del estómago y gastralgias.

La naranja es tónica y sedativa.

El limón es antiséptico y astringente y suaviza el pecho.

El dátil es nutritivo en alto grado.

Téngase en cuenta que para que la fruta sienta bien debe estar perfectamente madura.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. L. F. R. — Mieres. — Pagó 1928.
Srta. Doña C. A. — Avila. — Idem fin Junio 1929.

La Reconquista :: S. Bernardo, 99 - Gijón

Joyería, Platería y Relojería DE MELCHOR OSORIO

Recomendamos esta casa por su seriedad y competencia.

:: Especialidad en relojes de todas clases y marcas ::

Compro alhajas. Pago todo su valor.

Pi y Margall, 13 -:- GIJÓN

Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)
GIJÓN

Colecciones de «RELIGION Y PATRIA» Años 1926 y 27

A 4 pesetas colección.
Las de años anteriores están agotadas.

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detall: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Almacenes de Ferrería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica.
— Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 148 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJÓN

Acebal, Rato y Comp.ª

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28
— GIJÓN —

Cocinas sistema BILBAO y de todas clases para carbón y para leña.
Piezas de recambio para las mismas.
Artículos de hierro fundido, como bajadas de agua, lucernas, columnas, bancos de jardín y cuantos encargos se hagan.

RAPIDA ENTREGA DE LOS PEDIDOS

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.
Vídase en las tiendas de comestibles.

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230
- GIJÓN -

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.
Fundición de bronce y hierro.
Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

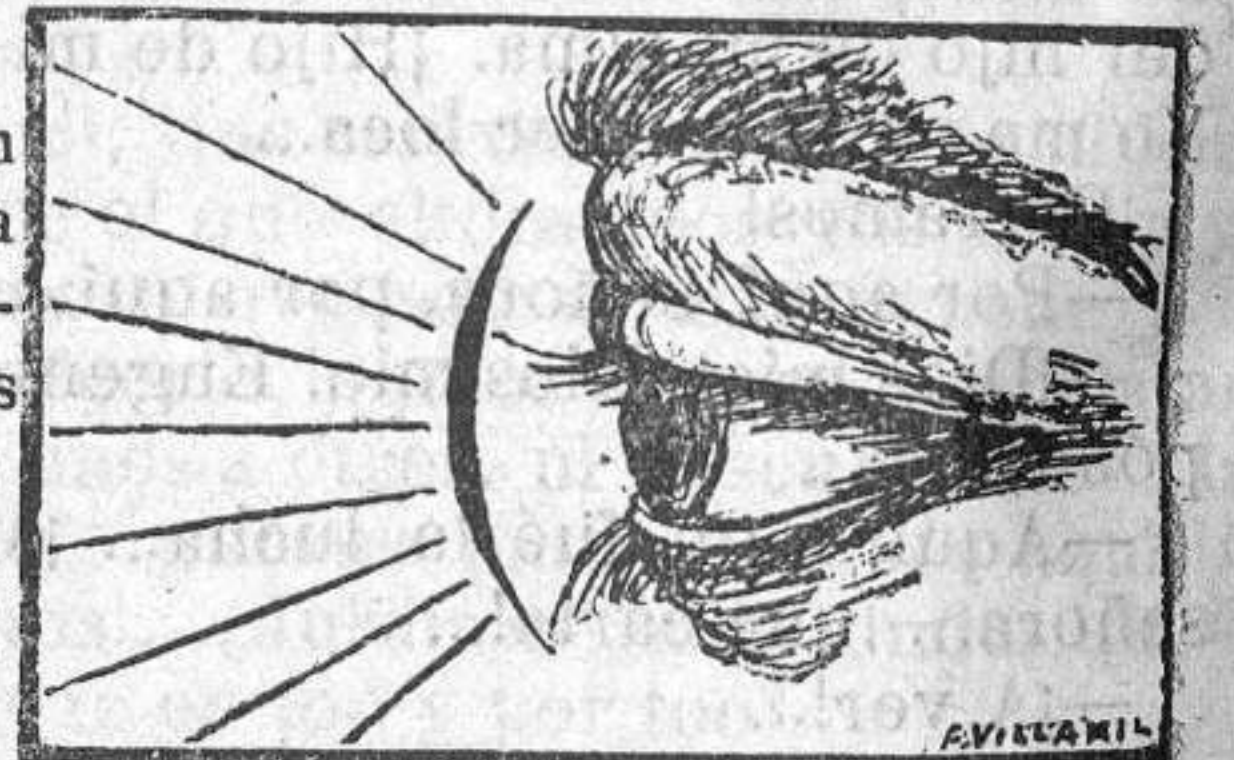
La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 108

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

Se hacen en el día las recetas de los señores OCULISTAS



Cristales Koh-i-noor (montaña de luz), Zeiss, Woigtländer, etc., etc. Las mejores Marcas del mundo.

Ojos cristal, gran surtido.

F. VILLAMIL

Martínez Abades, 3 (antes Sta. Lucía) Gijón

Agustín María Monéo

MEDICINA Y CIRUGIA GENERAL

Especialista en partos y matriz
Rayos X y Electricidad Médica

Consulta de 10 a 1 y de 3 a 6—Gratis a pobres de 6 a 7

Innerarity, 39, esquina a Jovellanos

TELÉFONO, 1097

Avisos de noche por el guardia.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C.

Teléfono, 312.

Doctor Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Cincuenta y un años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

Corrida, 63.

GIJÓN